Educación, amor y libertad

Rubí de María Gómez Campos

A Guadalupe y Faustino por su amoroso ejemplo de vivir la aventura de la infancia.

"El fin último de la educación no está en el perfeccionamiento de los conocimientos escolares, sino en la eficiencia para la vida; no estriba en hacerse con unos hábitos de obediencia ciega y de diligencia en someterse a las prescripciones, sino en prepararse para un obrar autónomo".

J.H. Pestalozzi

Empezando por el gran Sócrates que identificaba el Saber con el Bien, y cuya muerte fue el gran ejemplo de amor a la Libertad, hasta llegar a la casi desconocida Mary Wollstonecraft, autora de *Vindicación de los derechos de la mujer* -libro en el que habla de la educación de las mujeres como momento necesario de su liberación y por el cual ha sido considerada precursora del feminismo-, mucho se ha intentado relacionar los dos términos que dan título a este trabajo. La educación y la cultura como vías privilegiadas para que el ser humano pueda alcanzar el estado ideal de la libertad son el tema de múltiples disertaciones de todos los tiempos. Sin embargo, bien poco se ha escrito sobre la relación que la educación y la libertad tienen con la archiconocida función femenina de la crianza; tal vez porque el lugar social que tradicionalmente se le designa a las mujeres tiene poco que ver con el valor supremo de la libertad, y seguramente porque también nosotras hemos asimilado nuestra condición de seres subordinados a nuestras actividades y funciones, sin intentar cuestionarla.

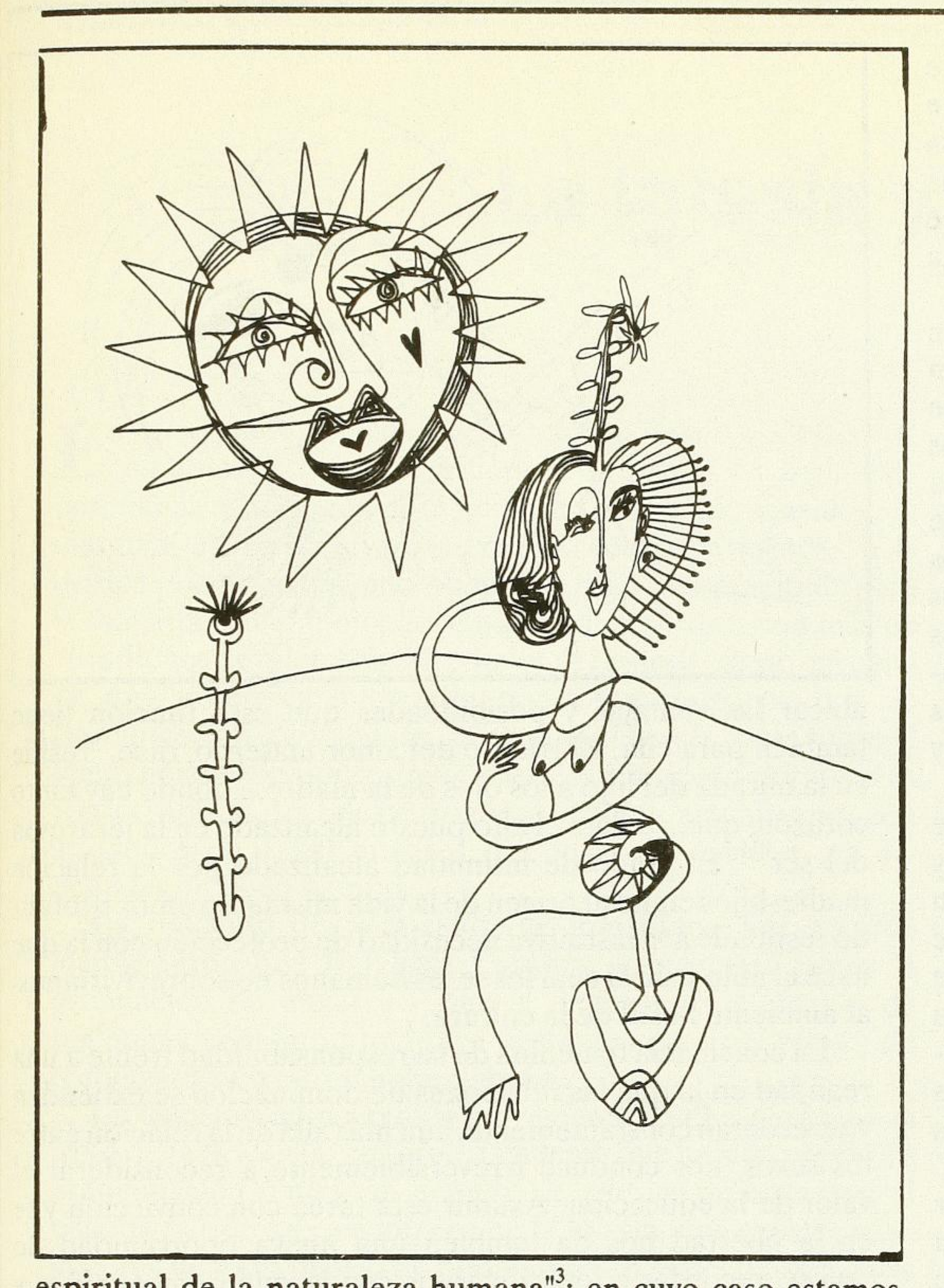
Lo cierto es que tradicionalmente la mujer es educada para la sumisión; misma que reproduce al educar al varón para la dominación. Por ello, cuando nos preguntamos acerca de esa enigmática conducta social (más bien debiéramos decir antisocial) llamada machismo, tenemos que reconocer que, dado que la función social de educar ha sido tradicionalmente asignada a las mujeres, nos toca ahora a nosotras mismas repensar la importancia de esta función femenina de la educación en tanto actividad subversiva y vía regia de liberación.

El amor de madre como ideal pedagógico

Recientemente, en países más desarrollados que el nuestro, la crítica del feminismo ha alcanzado también a la pedagogía, advirtiéndole sobre la importancia y necesidad de reflexionar sobre la práctica educativa que se reduce casi exclusivamente a ellas, por lo menos en el nivel preescolar y básico -a diferencia de la educación superior, en donde el "gheto" masculino está, comparativamente, muy reforzado.

Así pues, las reflexiones sobre educación adquieren una importancia mayúscula para el feminismo, puesto que llegar a realizar una subversión y revaloración de la pedagogía es el primer paso para lograr una educación no sexista, que llegue a transformar y liberar a la sociedad del espíritu de dominación patriarcal que la asfixia. Pero lo más importante para las mujeres deberá ser recuperar y afirmar el hecho contundente de que la completa formación del niño no se circunscribe a los límites de la institución escolar sino que se adentra en el corazón mismo de la relación madre-hijo, se nutre del deseo de perfección que guía los pasos de los educadores y rebosa en el amor materno. "¿Qué fuerza puede haber más influyente y estimulante que el amor materno, que es la fuerza más suave y al propio tiempo la más inquebrantable de todo el orden de la naturaleza?"[1]. Este, que es uno de los principios de la pedagogía de Pestalozzi, sienta las bases de la educación en las primeras enseñanzas del niño y en la cotidiana relación afectiva con su madre; pero aun debe ser reconsiderado desde el punto de vista feminista, a partir del carácter de vida que la mujer representa y de su identificación con el lugar subordinado que ocupa la infancia.

Dice Pestalozzi refiriéndose a la madre: "en sus sentimientos hay algo que puede llevarla a la verdad por un camino más corto y de un modo directo"[2]. Reflexiones como estas podrían ser consideradas críticamente desde cierta perspectiva, en la medida en que constituyen definiciones que ubican a la mujer en su papel tradicional de educadora, pero en este trabajo tratamos precisamente de mostrar la importancia y valor que tiene dicha función en la ardua tarea de transformación social que se propone el feminismo; por lo cual, no sólo no podemos desdeñarla sino que incluso habremos de recuperarla como el medio más adecuado para que mujeres y hombres podamos afirmarnos como seres humanos plenos. En este sentido, la vocación más sagrada, más digna y más santa es para Pestalozzi la de "la persona cuya vida está consagrada al progreso



espiritual de la naturaleza humana"[3]; en cuyo caso estamos particularmente las madres y las educadoras.

Rechazar la función materna y con ello la "profesión natural de educar" que tenemos no sólo las madres sino todos los adultos, implica, desde este punto de vista, rechazar un privilegio; niega las potencias liberadoras de la educación; limita la función liberadora que en tanto mujeres y madres tenemos, y así, la posibilidad de conducción de un destino libre para la sociedad. La educación concebida como fuente de libertad podría llevar a las mujeres, inclusive más allá de la afirmación de esta función tradicional, a luchar por ampliarla, revalorarla y refuncionalizarla socialmente; ya que la "libertad no es más que una palabra vacía cuando el hombre se halla debilitado, cuando su entendimiento no se ha alimentado del saber y no se ha cultivado la capacidad de juzgar, pero sobre todo cuando el hombre no es consciente de los derechos y deberes que tiene como ser moral que es"[4]. Para lograr esto es menester acrecentar su valor y reconsiderar su importancia desde nosotras mismas.

Educación y verdad

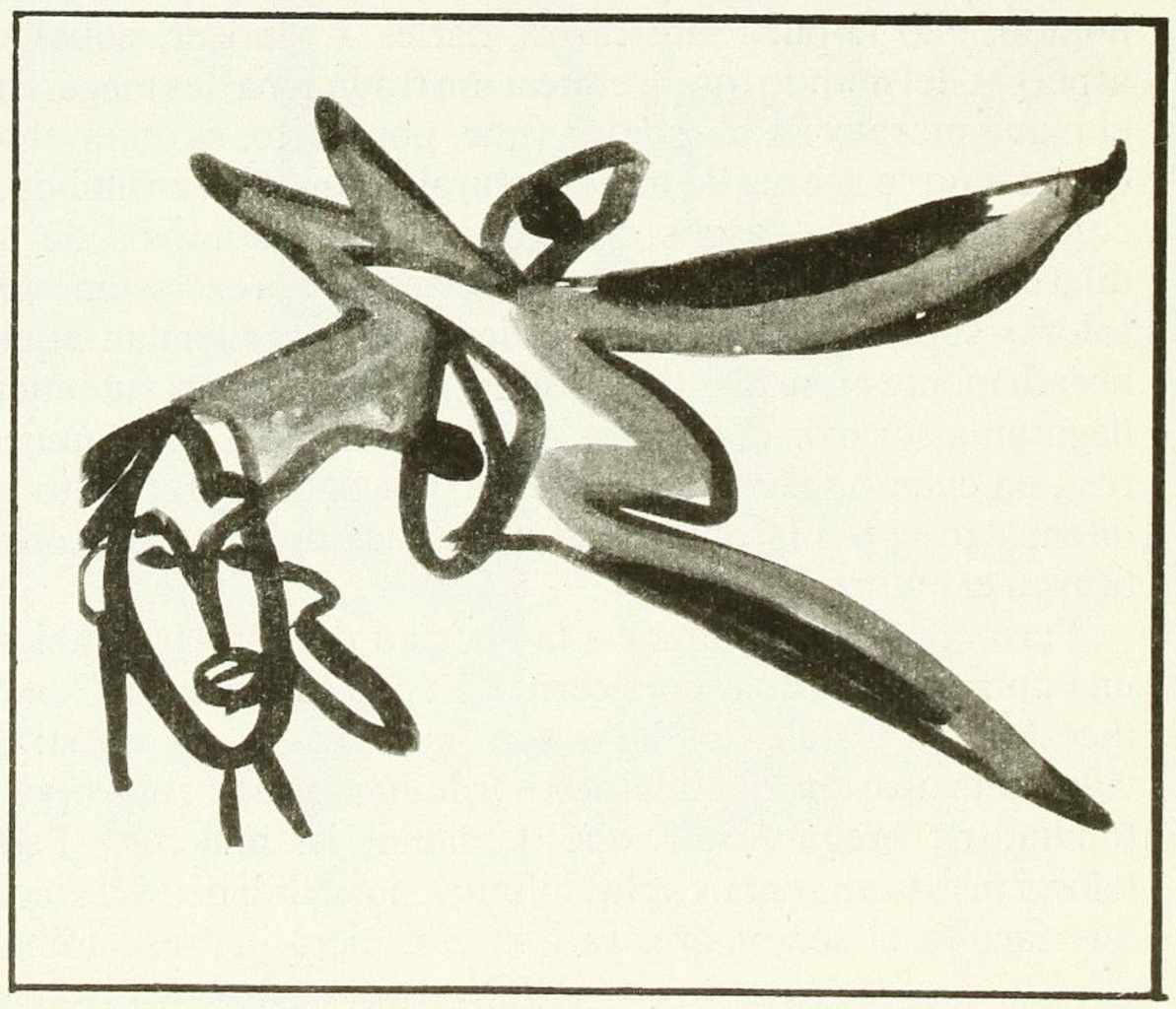
Mucho se ha hablado de que los niños sólo aprenden con el ejemplo: "lo verdaderamente eficaz no es aquello que el educador enseña con palabras, sino aquello que él es", afirma Jung, añadiendo que la educación "presupone la autoeducación"[5]. Ello explica que por mucho sentido y verdad que contengan las reglas que pretendan transmitirse, éstas no penetran de manera profunda sino sólo superficialmente en el corazón del niño cuando no son reglas asumidas, compartidas, vividas por los padres y educadores. Reconocer la verdad de esta regla general involucra el propio perfeccionamiento del educador como tarea comprometida con el educando y con su propio Ser. Desear la perfección del niño es desear la perfección de una misma.

En el proceso de perfeccionamiento espiritual en que consiste la educación, según Pestalozzi, también se involucran tanto el propio desarrollo de la madre como el del hijo. Educar con corazón y conciencia, que es lo que Pestalozzi propone, implica concebir el proceso educativo como un proceso en donde ambos se forman simultáneamente. Si la madre pretende cultivar en el niño las facultades espirituales que lo lleven a la felicidad, "no podrá conseguirlo si no abandona primero su propio corazón al influjo de unos valores superiores, y si no empieza por cultivar en su propio ser, con un noble empeño, los gérmenes de amor espiritual y de fe que debe desarrollar en su hijo"[6].

Desde este punto de vista la función de la educación no puede consistir en un abandono de sí misma -como algunas veces se interpreta la designación de mujeres a la tarea educativa. El valor de la educación no es la renuncia ni el sacrificio sino la entrega plena que no deja vacío. La educación es, así, la entrega más enriquecedora,compartida, mutua y aportativa para educador y educando; en consecuencia, una educación basada en la valoración de la libertad, como la que proponemos, incluye su valoración vital y concreta, su ejercicio y ejemplo. Concebida así, la educación es una tarea doblemente liberadora cuya función futura deberemos transformar en beneficio de todos.

Amor y razón

Sin embargo, no basta con ser madre para ser una buena educadora, por lo menos así nos lo hace saber Pestalozzi cuando asegura que lo que se requiere es una dosis combinada de amor y razón, para poder ayudar a fortalecer y desplegar todas las facultades de esa naturaleza humana que, aunque no haya alcanzado aún su pleno desarrollo, se encuentra dotada



de ellas. La madre requiere entonces dirigir su amor mediante la reflexión y la razón: "lo que yo pido de ella es únicamente amor reflexivo"[7]. Pero ya existe en ella, en tanto madre, esa tendencia que posibilita la integración positiva del hijo a la sociedad, a través de una comunicación íntima e intuitiva que facilita la aprehensión positiva del mundo y contribuye a la formación moral del niño.

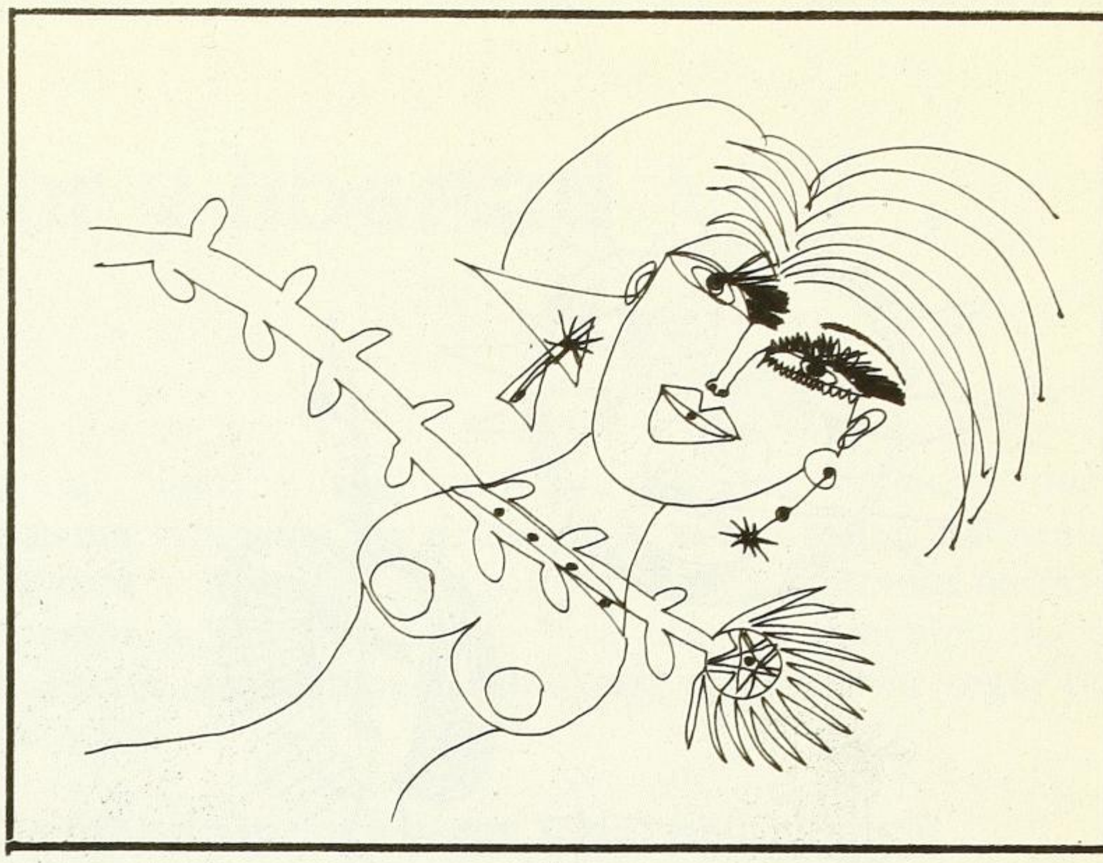
La función educativa de la madre no consiste solamente en informar al hijo, en un sentido exterior, sino en formarlo, en incidir directamente en las maravillosas potencialidades que como ser humano tiene; y entre las cuales está una de las más valiosas que el feminismo nos muestra: la del amor a la libertad. Inducir a los hijos en el respeto y la reciprocidad que se juegan desde el primer momento en que nos relacionamos con ellos deberá ser el principio bajo el cual los niños empezarán a concebir equilibradamente las razas, los grupos sociales, los géneros y las preferencias sexuales. Si pretendemos alcanzar el ideal de un mundo sin desigualdades tendremos que empezar por la misma relación de respeto y reprocidad con nuestros hijos.

Educar con sensibilidad, hacer un ejercicio práctico de razón y amor sobre aquellos que están limpios de prejuicios y de resentimiento es a la vez limpiarnos de toda contaminación interiorizada del mundo autoritario y patriarcalista en el que vivimos. Educar es también una actividad paradójica porque lleva al educador a recuperar, bajo la óptica de su experiencia adulta acumulada, aquella experiencia primigenia de la infancia, de la manera más vívida que se puede tener: un niño es una promesa que nos recuerda toda la grandiosidad de las posibilidades humanas y perfila nuestra inmortalidad. "Cualquier madre recordará el embeleso que sentía al notar los primeros síntomas de conciencia y de razón que aparecían en su hijo, (...ellos...) le cuentan la significativa historia de que un ser espiritual, a quien ama más que a su propia vida, abre, por así decirlo, los ojos de la razón, diciendo en su lenguaje silencioso, pero afectuoso y expresivo: yo he nacido para la inmortalidad"[8].

Amor, libertad, igualdad

Educar como madre es pues abrir a los niños las puertas del mundo; ello implica mostrarles, darles a conocer, aquellos aspectos del mundo que la educación tradicional les niega. En el plano moral y en el estético (que, por cierto, es un nivel al que el niño se acerca de modo natural [9]), tanto la sensibilidad como la fuerza -rasgos definidos como distintivos de la diferencia sexual en la sociedad patriarcal de la exclusión- son valores supremos. Por ende, quienes los aprehendan equilibradamente en su más tierna infancias y de manera auténtica llegarán a ser más completos -como hombres o como mujeres-, en cuanto sean capaces de reconocer y valorar tanto la intensidad como la pluralidad de formas de vida que constituyen el entorno.

Pero educar en el amor a la libertad deberá ser también una oportunidad de reconocernos a nosotras mismas. Como dice Magda Catalá, los hijos son "una ocasión en nuestras vidas, una ocasión de percibirnos y delimitarnos"[10]: una oportunidad de preguntarnos qué deseamos las mujeres... Pestalozzi insiste en remarcar las infinitas posibilidades del amor que faculta el ser madre, ya que considera imprescindible



ubicar las ventajas y posibilidades que esta función tiene también para ella. El triunfo del amor materno, dice, "reside en la mirada del hijo a los ojos de la madre,...donde hay tanto corazón, que... delata el alto puesto alcanzado en la jerarquía del ser"[11]. El grado de intimidad alcanzado por la relación madre-hijo remite al origen de la vida misma; su amor profundo responde a la instintiva necesidad de protección con la que nace el niño y sin la cual los seres humanos no sobreviviríamos al ambiente hostil de la cultura.

La conciencia femenina de su responsabilidad frente a una realidad en la que las relaciones de dominación se extienden y acrecentan constantemente, aún más allá de la relación entre los sexos, nos conduce irreversiblemente a reconsiderar el valor de la educación. Asumir esta tarea con convicción y fe en la libertad nos da también una nueva oportunidad de revivir, recordar e identificarnos con lo que fuimos: niños y niñas. Asimismo, en ese equilibrio entre amor y razón que debe guiar el sentido de la educación, según Pestalozzi, el niño puede y debe ser considerado como un ser autónomo y completo, pleno de potencias y facultades que, aún no descubiertas, lo definen desde su origen como un ser libre... Educar en esta convicción deberá formar parte de un esfuerzo colectivo por parir y dar a luz creativamente, no sólo hijos, sino seres humanos...

1 J.H. Pestalozzi, **Cartas sobre educación infantil**, ed. Tecnos, Madrid, 1988, p. 6-7. J.H. Pestalozzi (1746-1827) es un teórico y también gran práctico de la educación, que vivió entregado a su vocación de educador en el período de la ilustración y en cuya obra se percibe la clara influencia de Rousseau. Por sus profundas y progresistas aportaciones a la educación ha sido considerado un clásico de la pedagogía. Su obra, que va de la novela al ensayo filosófico, establece una doctrina pedagógica que busca al mismo tiempo el desarrollo integral de la persona y contribuir a la construcción de una sociedad más justa, progresista e igualitaria.
2 **Ibid.**, p. 7.
3 **Ibid.**, p. 8.
4 **Ibid.**, p. 84.
5 C. G. Jung, **Conflictos del alma infantil**, ed. Paidos, Buenos Aires, 1982, p. 119.
6 J.H. Pestalozzi, **Op. cit.**, p. 63.
7 **Ibid.**, p. 7.
8 **Ibid.**, p. 11.
9 Los niños poseen un sentido estético del mundo antes de comprender un sentido ético, los objetos del mundo son para ellos bonitos o feos antes que buenos o malos; tal vez por el carácter abstracto de las nociones éticas.
10 Magda Catalá, **Reflexiones desde un cuerpo de mujer**, ed. Anagrama, Barcelona, 1983, p. 152.
11 J.H. Pestalozzi, **Op. cit.**, p. 11.